

te llamamiento? En los designios de Jesús, como dice el Concilio de Trento repitiendo las palabras de Santo Tomás, San Agustín y San Ambrosio, «el Pan eucarístico es nuestro pan cotidiano; se le recibe todos los días como remedio de la enfermedad de cada día. Recibámosle, pues, todos los días, á fin de que todos los días nos aproveche. Pero vivamos de suerte que merezcamos recibirle diariamente.» Esta es la gran regla práctica de la Comunión; este el deseo de la Iglesia; este el clamor del Corazón de Jesús. Mostremos á nuestro Padre espiritual un alma tan francamente buena, tan sinceramente animada de buenos deseos y de celo por el servicio de Jesucristo, que pueda decirnos estas consoladoras palabras: «Vé, hijo mío, vé con toda confianza, y recibe, si es posible, cada día al Dios de tu corazón.» ¡Cuánto cambiaría la faz del mundo si muchas almas entrasen resueltamente en este camino de bendición, de amor, de fervor, de salud!

Finalmente, según el precepto de nuestro dulce Dueño, consagrémonos de una manera especial á la adoración reparadora el primer viernes de cada mes, y hagamos en él con espíritu de penitencia y humildad la Comunión que Jesús pide á todos los «discípulos de su sagrado Corazón.»

Si, Jesús dulcísimo, celador de las almas, que encontráis vuestras delicias en estar entre los hijos de los hombres; verdadero Pan de vida, nuestras almas esperan saciarse con Vos. No las despidáis ham-

brientas, porque caerán desfallecidas en mitad de su camino. Venid á nuestro espíritu, y alumbradlo con vuestros resplandores; penetrad en nuestro corazón, y abrasadlo en el fuego de vuestro santo amor.

IV

De otras dos bellas visiones del sagrado Corazón que tuvo la beata Margarita María Alacoque

Estaba un día sor Margarita arrodillada en un patio del monasterio, próximo á la capilla del Santísimo Sacramento, ocupada en la labor que le habían encomendado, junto á un avellano que todavía se enseña hoy en Paray-le-Monial.

«Sentíme del todo recogida interior y exteriormente (dice ella misma en la memoria en que por obediencia iba notando los favores sobrenaturales que recibía), y ví el Corazón de mi adorable Jesús más resplandeciente que el sol. Parecía como envuelto en llamas; y estas llamas eran las de su amor. Estaba rodeado de Serafines que con admirable concierto cantaban: —«¡El amor triunfa!.....» ¡El amor se regocija en Dios!»

Aquellos bienaventurados espíritus me invitaban á unirme á ellos en su cántico de alabanzas al Corazón de Jesucristo; mas yo no me atrevía. Reprendieronme por esto, y me dijeron que habían venido

para tributar conmigo á este sagrado Corazón un homenaje perpétuo de amor, adoración y alabanza; que para esto ocuparían mi lugar delante del Santísimo Sacramento, á fin de que por su medio pudiera amarle y adorarle sin interrupción; que participarían del amor paciente en mi persona, así como yo participaría en la suya del amor triunfante. Al mismo tiempo me pareció que escribían en letras de oro esta asociación en el sagrado Corazón, con los caracteres indelebles del amor.

«Esto duró unas dos ó tres horas, y toda mi vida he sentido sus efectos, tanto por el auxilio que he recibido de esta misteriosa asociación, como por la suavidad que había producido y produce todavía en mí.

«En consecuencia quedé llena de confusión. No obstante, al rogar á estos santos Ángeles, sólo les llamaba mis divinos asociados. Esta gracia me dió tan gran deseo de la pureza de intención, y me hizo concebir tan alta idea de la que es preciso tener para conversar con Dios, que todas las cosas me parecían impuras en comparación del fervor de los Serafines.»

¡Ay! ¡que no esteis delante del sagrado Tabernáculo por nosotros como estábais por aquella dichosa criatura, oh abrasados Serafines, purísimos y perfectísimos adoradores del Corazón de nuestro Dios! Mas ¡qué digo! ¡Allí estais; de allí no os separais un momento! Día y noche adorais por nosotros y con nosotros, en el cielo y en el Santísimo Sacramento, á

Nuestro Señor Jesucristo, vuestro Rey y nuestro Rey, vuestro Amor y nuestro Amor, vuestra Luz y nuestra Luz. Lo que vosotros haceis invisiblemente, lo hacemos nosotros visiblemente; lo que haceis en la bienaventuranza del cielo, lo hacemos ¡ay! ó al menos debemos hacerlo; en medio de los combates y miserias de la tierra. ¡Ah! ¡suplid la frialdad é imperfección de nuestras adoraciones! Aunque no os ligue un pacto especial con ninguno de nosotros como á vuestra bienaventurada «Asociada,» no por eso deja de reinar entre vosotros y nosotros, entre la Iglesia del cielo y la de la tierra, una íntima é indisoluble unión. ¡Venid, pues, venid á ayudarnos, bienaventurados Serafines, Querubines, Ángeles, Arcángeles de los nueve coros celestiales! ¡Venid, adoremos á Jesús! ¡Adorémosle juntos en el misterio en que triunfan su amor y su sacrificio; y con un mismo corazón adoremos, amemos, exaltemos á su sagrado Corazón! *Venite, adoremus!*

La beata Margarita María tuvo también la dicha de contemplar en otra visión no menos esplendorosa al Corazón divino. El 27 de Diciembre de 1686, día de San Juan Evangelista, en el momento en que acababa de comulgar, quiso Nuestro Señor revelarle una vez más los misterios de su santo amor.

«Se me representó, dice, el Corazón de Jesús, como en un trono todo de fuego y llamas que despedía por todos lados, más resplandeciente que el sol, y trasparente como un cristal. En él se descubría vi-

siblemente la llaga que recibió en la cruz. Tenía al rededor una corona de espinas, y encima una cruz, que parecía plantada en él.

«Mi divino Maestro me dió á conocer que aquellos instrumentos de su Pasión, significaban que el amor inmenso de su Corazón hacia los hombres había sido el origen de todos los padecimientos y humillaciones que quiso sufrir por nosotros; que desde el primer instante de su Encarnación tuvo presentes todos aquellos tormentos, y que desde aquel primer momento quedó plantada, por decirlo así, la cruz en su Corazón; que para manifestarnos su amor aceptó desde entonces todos los dolores que su santa humanidad debía sufrir durante el curso de su vida mortal, como también todos los ultrajes á que su amor á los hombres había de exponerle hasta el fin de los siglos en el augusto Sacramento de nuestros altares.

«Y Jesús añadió: ---«Tengo una sed ardiente de ser honrado y amado de los hombres en el Santísimo Sacramento; y, sin embargo, no encuentro casi ninguno que se esfuerce, como deseo, en mitigar mi sed, correspondiendo de algún modo á mi amor.»

La beata Margarita María nos dice que le atravesó el alma esta amorosa queja de su Salvador. ¡Ojalá traspase también la nuestra! ¡Ojalá que, á la manera que un viento irresistible conmueve los grandes árboles así también conmueva, sacuda, despierte á todos los sacerdotes, ministros de la sagrada Eucaris-

ristía, dispensadores de los santos Misterios, y les haga comprender lo que muchos no comprenden bastante, á saber, el ardiente, el insaciable deseo que tiene Jesús de que todos sus hijos se acerquen á la santa Mesa y rodeen los altares para recibir en ellos la adorable Comunión! A este fin el Salvador les confía ese vehemente deseo de su Corazón, y lo abandona plenamente á su amor, á su celo y á su fidelidad.

¡Bienaventurado el sacerdote cuyo único cuidado consiste en hacer conocer á las almas á Jesús en la Eucaristía; en exitarlas á comulgar santa y frecuentemente, *sancte ac frequenter*, como dice la Iglesia,¹ y aún cada día si es posible! ¡Bienaventurado y mil veces bendito el siervo verdaderamente prudente y fiel que corresponde á los deseos de su buen Señor, dando con santa misericordia el Pan de vida á los hijos de Dios! La piedad y el fervor florecerán en su derredor: alimentados con Jesús, los niños conservarán fácilmente su inocencia; los jóvenes, la belleza virginal de sus almas; las familias, la santidad grave y dulce del hogar doméstico; las santas vocaciones, las buenas obras, el celo por la fe, la caridad con los desgraciados, se desarrollarán como por encanto; en una palabra, este bendito sacerdote verá multiplicarse en torno suyo cuanto hay de bello y bueno acá bajo, como una prenda de su corona eterna.

¹ Rituale Rom., «De Eucharistia.»

¡Ah! pidamos al Corazón de Jesús que dé sin cesar á su Iglesia sacerdotes ardientemente consagrados á los celestiales intereses del Santísimo Sacramento; sacerdotes cuyo supremo gozo sea dar Jesús á las almas, á todas las almas, á fin de que Jesús viva y reine verdaderamente en ellas. No se olvide nunca que este es el deseo más ardiente de su sagrado Corazón.

V

Magníficas y consoladoras promesas de Nuestro Señor á los devotos de su Corazón

En la hermosa visión que acabamos de referir, en la que Nuestro Señor hizo contemplar á sor Margarita María su sagrado Corazón rodeado de luz vivísima, sobre un trono misterioso y resplandeciente, hizole en favor de los que se consagrasen á su culto promesas tan consoladoras como edificantes. Grabémoslas en nuestras almas, y meditémoslas con amor y gratitud.

Dijo Jesús á la beata Margarita María: «El gran deseo que tengo de ser amado perfectamente por los hombres, me ha inducido á manifestarles mi Corazón, y darles en estos últimos tiempos este último esfuerzo de mi amor, proponiéndoles un objeto y un medio tan á propósito para obligarles á amarme, y amarme sólidamente.»—Como veis, pues, el sagrado

Corazón se nos da como un remedio extremo en los peligros extremos; los peligros de los últimos tiempos. «Habrà entonces, dice el Evangelio, una gran tribulación cual no la ha habido desde el principio del mundo... Se conmoverán las virtudes del cielo... Muchos se dejarán seducir. Y si el Señor no abreviase aquellos días, nadie se salvaría; mas por los escogidos serán abreviados.»¹ Ahora bien, ¿cuál es, cuál será para nosotros el gran medio de preservación y de salud? Jesús mismo se digna manifestárnoslo: es su adorable Corazón, «último esfuerzo de su amor en estos últimos tiempos.» ¿Y cómo nos salvará el culto amoroso de su divino Corazón? Excitándonos «á amarle y amarle sólidamente.» Puede afirmarse sin temor que «los elegidos,» los verdaderos cristianos de los últimos tiempos de la Iglesia, serán los fieles del sagrado Corazón de Jesús.

El Salvador dijo además: «Dándoles mi Corazón, les abro todos los tesoros de amor, de gracia, de santificación y de salvación que este Corazón encierra, á fin de que todos los que quieran rendirle y procurarle todo el amor y honor que les fuere posible, sean enriquecidos con profusión de los tesoros de que este divino Corazón es fuente, y fuente fecunda é inagotable. Yo escribiré sus nombres en mi Corazón y no permitiré jamás que sean borrados de él.» «To-

¹ Matth. XXIV, 21, 22, 29.—Marc. XIII, 6, 20.

dos los que quieran,» dice nuestro Salvador, ¿y quién no querrá? «Todos los tesoros de amor, de gracia, de misericordia, de santificación y de salvación:» ¡qué promesas! ¡qué bondad! ¡Oh! ¿quién será tan enemigo de sí mismo que no abra su corazón á la voz de Jesucristo?

Respondiendo de antemano á las críticas de los jansenistas, de los que todo lo censuran, y aun de ciertos cristianos mal aconsejados, dijo después Nuestro Señor á la beata Margarita María: «Siento singular complacencia en ver los sentimientos interiores de mi Corazón y de mi amor, honrados bajo la figura de este Corazón de carne, tal como te lo he mostrado, y cuya imagen quiero que se exponga públicamente para que conmueva el corazón insensible de los hombres. Derramaré con abundancia en el corazón de los que le honren los tesoros de gracias de que está lleno mi Corazón; y en todo lugar donde se exponga su imagen para ser así singularmente honrada, atraerá sobre él toda suerte de bendiciones.» — Tengamos, pues, en nuestras casas, y llevemos en nuestros pechos alguna piadosa imagen del sacratísimo Corazón de Jesús, digan lo que quieran los mundanos. ¿No vale cien veces más obedecer y agradecer á Jesús que á los hombres?

En fin, la dichosa confidenta de los misterios del sagrado Corazón resume del siguiente modo, en una carta que escribió pocos años antes de su muerte, las maravillosas ventajas de la devoción al Corazón de Jesús:

«No sé que haya en la vida espiritual ningún ejercicio de devoción más á propósito para elevar en poco tiempo un alma á la más alta santidad, y hacerla gustar las verdaderas dulzuras del servicio de Dios.

«Si, lo digo con seguridad: si se supiese cuán agradable es á Jesucristo esta devoción, no habría cristiano alguno, por poco amor que tuviese á este amable Salvador, que no la practicase inmediatamente.

«Los seculares encontrarán por este medio todos los socorros necesarios á su estado, es decir, la paz en su familia, el alivio en sus trabajos, y las bendiciones del cielo en todas sus empresas. En este Corazón adorable encontrarán un lugar de refugio durante su vida y principalmente en la hora de su muerte. ¡Ah! ¡cuán dulce es morir después de haber tenido una constante devoción el sagrado Corazón de Aquél que nos ha de juzgar!»

En cuanto á los religiosos y sacerdotes, hé aquí las magníficas promesas que les conciernen de un modo especial: «Mi divino Salvador me ha hecho entender que los que trabajan en la salvación de las almas tendrán el arte de mover los corazones más endurecidos, y trabajarán con maravilloso éxito, si están animados de una tierna devoción á su divino Corazón.

«Abracen los religiosos y religiosas esta devoción santificante; pues de ella sacarán tantos auxilios, que no será necesario otro medio para restablecer en las comunidades menos observantes el primer fervor y la más exacta regularidad, y para llevar á la mayor

perfección las comunidades que viven ya en la regularidad más exacta.»

Aplíquese cada cual á sí propio lo que dice al terminar la carta la beata Margarita: «Nadie habría en el mundo que no sintiese todo género de auxilios del cielo, si tuviese á Jesucristo un amor agradecido, tal como el que se le testifica con la devoción á su sagrado Corazón.»

Os saludo, ¡ Oh adorable Corazón de Jesús, santuario delicioso de las almas puras, horno ardiente del divino amor! Vos seréis el lugar de mi refugio y mi asilo siempre. Vos seréis el único deseo de mi corazón, luminoso astro de mi espíritu, océano de delicias inefables: yo sólo quiero vivir y morir en Vos. Poseed, benigno Jesús, mi corazón; perdonad mi ingratitude, y concededme que en mi último suspiro sea víctima de vuestro divino amor.

VI

Que los esfuerzos del infierno no han podido impedir el establecimiento y propagación del culto del sagrado Corazón de Jesús.

Cuanto más excelente y provechoso para las almas fuese el culto del sagrado Corazón, más debía temerle el demonio é impedir su establecimiento por cuantos medios le fuera posible. Para su intento sirvióse principalmente de una nueva secta nacida del

calvinismo, y que pronto, bajo el nombre de *jansenismo*, tomó en Francia proporciones desoladoras.

So pretexto de penitencia y austeridad, y de un retorno más perfecto á las primitivas tradiciones del Cristianismo, los jansenistas batían en brecha con todas sus fuerzas cuanto hay consolador y misericordioso en la Religión: la Comunión frecuente, la confianza en la misericordia divina, el amor y el culto de la Santísima Virgen, la magnificencia del culto divino. Aquellos herejes, de corazón de hielo, sin amor de Dios ni de los hombres, no podían ver con buenos ojos una devoción toda impregnada de amor, cual es la del sagrado Corazón. En una série de abominables intrigas, de libelos difamatorios y de persecuciones más ó menos abiertas, hicieron esfuerzos desesperados para ahogar en su cuna la devoción naciente del sagrado Corazón de Jesús. En su primer ensayo la representaron como supersticiosa, absurda, ridícula, impía; después intentaron sublevar contra ella el clero, los fieles y aún algunos doctores en Teología; trataron también de engañar á los obispos; esforzándose en irritar contra ella al rey Luis XIV, lo cual lograron momentáneamente. Las iras de los herejes recayeron principalmente sobre la benemérita Compañía de Jesús, que en su celo ardiente y continuo por la salvación de las almas, había abrazado con amor muy digno de ella la devoción del Sagrado Corazón. La pobre sor Margarita María fué objeto de burla; y sus luminosas revelaciones, no obstan-